

# **TRUJILLO: LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA**

**Escribe Agustín Haya de la Torre**

07/07/2005

Durante décadas recordar la revolución de Trujillo resultaba traumático. La vieja oligarquía enarbolaba el recuerdo como un baldón contra el APRA. Le servía para lanzar la acusación de sanguinarios y terroristas. Las Fuerzas Armadas se sentían en la obligación de rendir homenaje a sus caídos hasta los años setenta. Muchos compañeros pensaban que mejor era tratar el asunto discretamente para no exacerbar los ánimos.

Concesión innecesaria, porque si algo necesita este país es cultivar la memoria de quienes se alzaron contra las tiranías. El que ahora tengamos libertades públicas no es un regalo de nadie y eso es algo que deben aprender las nuevas generaciones. El camino de la libertad está plagado de sangre y sacrificio. En esta ruta, al Partido le cabe un lugar de honor que la historia siempre reconocerá.

La revolución de Trujillo no fue un hecho arbitrario, fruto de la ambición de poder. Fue la respuesta de los demócratas frente a una dictadura que se imponía por la fuerza. El régimen había hecho aprobar la ley de emergencia y seguridad interior para clausurar los locales y la prensa aprista desde principios de 1932. En febrero pisoteó la soberanía popular al encarcelar y desterrar a la primera célula parlamentaria aprista. En mayo había detenido y confinado en aislamiento total a Víctor Raúl Haya de la Torre.

Desde el momento mismo en que expulsó del Congreso a los parlamentarios elegidos por el voto popular, Sánchez Cerro se convirtió en un tirano. Bien lo dice John Locke en su "Segundo Tratado sobre el Gobierno Civil", escrito en 1690: "Allí donde termina la ley empieza la tiranía...Y cualquiera que en una posición de autoridad, excede el poder que le ha dado la ley y hace uso de la fuerza que tiene bajo su mando para imponer sobre sus súbditos cosas que la ley no permita, cesa en ese momento de ser un magistrado..." Luego señala con toda claridad que "al estar actuando sin autoridad, puede hacerse frente igual que a cualquier hombre que por la fuerza invade los derechos del otro",

Sobre esta máxima se construye desde el siglo XVII, el edificio de la autoridad legítima, surgida de la soberanía popular en las democracias modernas. Este principio fue el que el golpista confutó. Con ello desató la guerra civil, que hizo de los insurgentes depositarios de la voluntad general.

La historia oficial oculta hasta ahora los verdaderos propósitos del sanchezcerrismo. Su partido, la Unión Revolucionaria era una fuerza fascista que en determinado momento llegó a tener 6 mil hombres en armas, entrenados por oficiales de un Ejército que apenas llegaba a los 10 mil efectivos. Actuaban violentamente contra las fuerzas populares, clausurando sindicatos, cerrando periódicos, aporreando a sus militantes. Muchos "distinguidos" apellidos de la vieja oligarquía figuran entre sus adherentes y propiciadores. Todas las grandes empresas nacionales y extranjeras de la época, como la IPC, la Cerro de Pasco, Panagra, Klinge, Oechsle, entre otras, financiaban a la UR. Era una verdadera milicia de la plutocracia que había encontrado en el discurso fascista la inspiración necesaria para combatir a los partidos populares.

La revolución de Trujillo y las demás acciones heroicas que le sucedieron, como las de Cajabamba y Huaraz, fueron la respuesta contra la persecución impuesta por la dictadura. El gobierno ilegítimo no tuvo reparos en asesinar y encarcelar a miles de militantes del aprismo. Tampoco repararon en aprobar una Constitución que declaró la muerte política del APRA y del Partido Comunista, por ser "organizaciones internacionales".

Resulta impresionante que durante los 46 años de existencia de esa carta política, dicho artículo nunca pudo ser anulado. Peso como una losa sobre la acción política del aprismo. Fue la expresión evidente de la precariedad de nuestro régimen político, incapaz de aceptar la vigencia plena de las libertades y por tanto de la tolerancia y el pluralismo.

La revolución de Trujillo será siempre un ejemplo de la lucha por la libertad. Es tarea nuestra que los peruanos del siglo XXI tomen conciencia de lo que ha costado forjar la democracia en la lucha sin tregua contra las dictaduras.